

La joven que sostuvo la mano del Papa  
Ser apoyo para el Papa  
Pbro. José Martínez Colín

Al Papa le debemos respeto y cariño. Hace años una joven francesa tuvo oportunidad de estar con el Papa Juan Pablo II y dejó escrito un interesante testimonio del cual podemos aprender mucho para vivirlo con su sucesor. A continuación el relato que ella nos dio:

Yo no estaba en el mejor lugar del inmenso escenario y envidiaba un poco a los que estaban cerca de la silla del Papa. Soy miembro del Opus Dei y fui nombrada por azar, ser delegada de los jóvenes. Aunque prefería estar con mis amigos, acepté esta misión. ¡No sabía la gracia que sería!

El Jueves 21 de agosto fue el *Happy Day*. El Papa llegó en medio del entusiasmo. Su secretario le presentó a cada uno brevemente por su nombre y país de origen. Llegó mi turno y le dijo: "Es Aude, de Francia". El Papa estrechó mi mano. Yo no soy muy tímida, y le dije: "¡Santo Padre, le queremos mucho!" El respondió: "Muchas gracias".

Yo estaba orgullosa de haberle hecho mi *declaración de amor*. El Arzobispo Lustiger comenzó a presentarle los delegados de otras confesiones. El Papa estaba volteado hacia las personas que se acercaban para besarle el anillo de su mano derecha. De repente, me di cuenta de que su mano izquierda temblaba. No dudé un segundo. Vi a este hombre que sufre y me dije: ¡Tómala! La tomé con la mano derecha. Después, como continuaba temblando, con las dos manos. Entonces cesaron los temblores.

Noté claramente que él me retenía, que apretaba mi mano, que se apoyaba en mí. Por eso no la solté. Mientras continuaba saludando a los representantes musulmanes y judíos.

Me hubiera gustado permanecer toda la vida así, sosteniendo su mano. Me dije: me gustaría que me contratara el Vaticano para sostener la mano del Papa. ¡Parece que le sienta bien!

Me dije también: estos grandes dignatarios de otras religiones le besan la mano respetuosamente, pero yo soy su hija en la Fe, no soy gran cosa, de acuerdo, pero por la gracia del bautismo, soy de la familia. Por lo tanto, es normal que yo pueda tomarle la mano, como una hija toma la mano de su padre. Estaba muy orgullosa de mostrarle así que le quiero.

Porque uno tiene que decirle y mostrarle que le quiere, no sólo porque es el Vicario de Cristo, sino porque nos transmite las

enseñanzas de la Iglesia con fidelidad, porque ha entregado su vida al servicio de la Fe, porque todo lo ha sacrificado a su misión. Da todo lo que tiene, y todo lo que es, cada segundo. Es un modelo de entrega y coraje.

Al tomar su mano, le dije a Dios: Señor, te doy diez años de mi vida para que se los des a él. Tal es la necesidad que tenemos de él.

El Arzobispo me hizo una señal para que ya le dejara, el Papa tenía que irse a sentar. A mi alrededor todos estaban supercelosos, estoy segura. Unos amigos bromistas me llaman ahora la pequeña amiga del Papa. Yo me siento su hija. Él sufre, lleva el mundo sobre sus espaldas, necesita de mí. Tiene necesidad de todos nosotros, de nuestra oración, de nuestro amor, de nuestros sacrificios, de nuestra fidelidad, de nuestra santidad.

Hace tiempo había recortado una foto con su rostro y la había puesto en mi cartera. Cuando me sentía cansada, miraba el rostro del Papa valiente, y esto me animaba.

Fui volviendo a casa, la tarde de ese jueves inolvidable, cuando comencé a darme cuenta de la hermosa gracia que había recibido gratuitamente, y lloré como un niño.

[articulosdog@gmail.com](mailto:articulosdog@gmail.com)